

TOM. *(Sin soltarlo.)*
Ténte, Pierres.

PIER. Ese es yo.

TOM. *(Lo empuja.)* Anda, pícaro, adelante.
(Vuelve á caerse Pierres.)

EMPER. *(Aparte, paseándose.)*
Ya todo está descubierto,
y es sin duda el rey de Francia
el que con tanta arrogancia
aquí me buscó encubierto.
Y no es la noche primera
que ha salido de la torre;
es quien las calles recorre
armando tanta quimera,
y es también el rondador
que tantos celos me daba.
¿Doña Elvira lo ignoraba,
y también doña Leonor?...
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado?...
¿Por qué al bufon dejó así?...
¿Cómo otras noches, de aquí
habrá á la torre tornado?
Mas... Hernando de Alarcon...
Hasta que amanezca el día
no cesará el ansia mía
ni mi inquieta confusión. ... *(Pausa.)*
Aunque esta noche haya vuelto,
como hizo las anteriores,
¿quién aquietará mis temores
de que, á fugarse resuelto,
no lo verifique acaso
mañana mismo, de modo
que dé en tierra mi plan todo?
Fuerza es atajarle el paso,

y aunque á fuer de caballero
debo esperarle mañana,
la diadema soberana
me impone un deber primero.
Su fuga, ántes del tratado,
á la Europa conmoviera,
y la Europa toda entera
su reposo me ha fiado.
De caballero á la ley
no por esto he de faltar,
pues juro le he de retar
de hombre á hombre y rey á rey
después que esté libre y fiero,
cuando no sospeche el mundo
que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.

(Después de breve pausa dice á Tomate.)

Tomate, carga con él,
pues si la ronda volviese,
y cual debe lo prendiese...

TOM. Que se lo lleve Luzbel.

EMPER. No, que es fuerza prevenir
un empeño. Allá en la esquina,
que está á la torre vecina,
lo puedes dejar dormir,
pues conviene no recuerde
que con nosotros habló.

TOM. Nada recordará, no,
que está su zorra muy verde.

(Hace esfuerzos para cargar con Pierres.)

EMPER. Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, vive Cristo,
te mando al momento ahorcar.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY solo

REY. *(Se pasea.)*

No ha sido poca fortuna
que ese pícaro bergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por más que me ha asegurado
que no lo había visto nadie,
que no habló á ningún viviente
mientras estuvo en la calle,
y que se vino á la torre
ántes que el alba sonase;
he pasado todo el día
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,
pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace.
Y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
sólo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle:
que esta noche más que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman
de que no puedo excusarme.

(Pausa.)

¡Qué prodigio de hermosura!
¡qué portento de donaire!
¡qué asombro de entendimiento!
¡qué tesoro de bondades
es doña Leonor!... La adoro,
y el corazón se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel;
pues lo mismo que sería
la dicha más inefable,
la ventura más preciosa,
la felicidad más grande
para mí, si rey no fuese;
ser yo rey lo torna y hace
mi más terrible martirio,

TOMO II

mi infierno más espantable,
poniendo entre ambos ¡oh suerte!
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal transparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.
La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazón y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los afectos del alma,
de do no pueden fugarse.

(Pausa.)

¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
á Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podía
y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque ignorante
no conocía los dotes
que la adornan celestiales.
No, no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que más fingimientos use,
que por más tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.
Mas ¡cielos!... ¿cómo aventuro
el decirlo... el declararme?...
Envenenado cuchillo
que el corazón va á rasgarle,
serán ¡ay Dios! mis palabras;
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aun más que curan,
y más que alivian abaten.
Y yo ¡con cuántos martirios,

congojas, penas, afanes,
ansias, tormentos, dolores,
llantos, despechos, pesares
daré paso á una palabra,
y acentos con ella al aire,
que al tiempo que á Leonor hieran,
es fuerza que á mí me maten!
Mas preciso es resolverme,
que el fingimiento es ya infame.
Y perderse debe todo,
y todo sacrificarse
por salvar la honra y el nombre,
y prevenir un desastre.

(*Se pasea.*)

Esta obligacion cumplida,
saldré sin que lo retarde
á ver si acaso consigo
darle fin al raro lance,
que dejé empeñado anoche.
¡Mal hayan ronda y alcalde;
que á lo mejor me estorbaron
dar realidad á mis planes!
¡Y qué bien la espada empuña
el César! ¡Qué bien combate!
Por más esfuerzos que hice
fué imposible desarmarle.
Apuremos esta noche,
que sin duda ha de esperarme,
pues quién soy no ha traslucido,
ni quién le ha retado sabe,
si aun me es contraria fortuna,
ó si está ya de mi parte.

Sale PIERRES

PIERRES.

Ya que la tarde pasó
sin ocurrir novedad,
vereis, señor, que es verdad
cuanto os he contado yo.

REY.

Calla, Pierres, calla, vil.
A tí y al vino maldigo.

PIERRES.

¿Y ¡qué! vuestra alteza, digo,
le echa acaso en el candil?

REY.

No vengas con gracias, ea,
que para gracias no estoy.

PIERRES.

Callaré, puesto que hoy
tan alta está la marea.

REY.

Trae luces, que ya anochece
y no tardará Alarcon.

PIERRES.

En cuanto da la oracion
como vestiglo aparece. (*Vase.*)

REY.

Si hoy dejo desengañada
á Leonor, y á todo trance
doy el fin que busco al lance,
quitando al César la espada,
no salgo más. ¿Para qué
si soy tan desventurado,

que sólo penas he hallado
en lo que alivios busqué?
La paz por horas aguardo.
No sé si mi madre halló
algun reparo, ó si urdió
el César nuevo retardo.
Hasta ver su conclusion
á salir de aquí no vuelvo,
que á esperarla me resuelvo
con paciencia en mi prision.

Vuelve PIERRES con dos candeleros, que pone
sobre la mesa

PIERRES.

Ya teneis aquí las velas
y, si yo no me equivoco,
al viejo dentro de poco,
que oigo sonar sus espuelas.

REY.

(*Se sienta.*) Ahora me aseguraré
por su semblante y su hablar,
si es que del todo aquietar
tantas zozobras podré.

Sale HERNANDO DE ALARCON

ALARCON.

(*Con mucho respeto, deteniéndose.*)
¿Vuestra alteza me permite?...
¿Levantándose.)

REY.

Entrad, señor de Alarcon.
¿Quién á tan noble varon
con grande placer no admite?

ALARCON.

(*Adelantándose.*)

REY.

Siempre me honra vuestra alteza.
Siempre os estimo y venero,
como á valiente guerrero
dechado de la nobleza.

ALARCON.

Sentaos. (*Siéntase el Rey.*)
Mil gracias os doy.

De pié, como es justa ley
estar delante de un rey,
para serviros estoy.
¿Y cómo ha pasado el dia
vuestra alteza?

REY.

Triste asaz.

ALARCON.

Acaso pronto la paz
vendrá á darle la alegría.
¿Y vuestra alteza ha comido
con apetito?

REY.

Tal cual,
mas siempre se come mal,
á esta quietud reducido.

ALARCON.

Pronto en libertad, señor,
gozareis...

REY.

Dios lo permita;
que ya se agosta y marchita
de mi juventud la flor.

ALARCON.

¿Vuestra alteza ha menester
algo, ó exige de mí

REY.

algun servicio?... Que aquí
obsequiarle es mi deber.

ALARCON.

Con mi gratitud contad,
alcaide cortés y humano:
pero no está en vuestra mano
lo que ánsio, mi libertad.

REY.

(*Aparte.*) Se me parte el corazon,
mas no atisbe mi flaqueza.
(*Alto.*) ¿Me manda algo vuestra alteza?
(*Levantándose.*)

ALARCON.

Buenas noches, Alarcon.
(*Alarcon registra con los ojos la estancía y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)

PIERRES.

Echa llaves y cerrojos,
viejo cara de vinagre.

REY.

¡No te comiera el usagre
desde los piés á los ojos!

PIERRES.

Ese anciano vale mucho.
Habla de él con más respeto.

REY.

Será excelente sujeto,
mas tiene cara de chucho.

ALARCON.

Y en un año que aquí asisto
ni tan siquiera una vez
su rostro de airado juez
con una sonrisa he visto.

REY.

Es cierto que nunca rie.

PIERRES.

Pues de rostro tan extraño
que vive sin risa un año,
el demonio que se fie.
Y tiene las fieras garras
más que su semblante duras...

REY.

Aun conservo mataduras
de aquella tarde de marras.

PIERRES.

¿De qué tarde, majadero?
De aquella en que me agarró
este brazo, porque no
me quité pronto el sombrero.

REY.

Hizo bien, que el heroísmo
con que noble resplandece,
gran veneracion merece,
y se la tengo yo mismo.

PIERRES.

Mas pues quiso la fortuna
que tu traidora embriaguez
no haya tenido esta vez
mala consecuencia alguna;
vámonos pronto á vestir,
que yo esta noche quisiera,
por si acaso es la postrera,
algo más pronto salir. (*Vanse.*)

REY.

Escena II

Calle, de noche.—Salen EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE
embozados

EMPERADOR.

Espera, Conde, un momento,
que pues tan sólo de tí

CONDE.

los proyectos he fiado
que esta noche he de cumplir,
aun tengo otro encargo nuevo
que darte, si en el jardin
logro entrar para que tenga
todo término feliz.

EMPERADOR.

Señor, tan sólo serviros
es lo que me toca á mí,
dándome por muy dichoso
si acierto siempre á cumplir
vuestros supremos deseos.
Seguro de esto vivid.
Ya está advertido el alcalde
y vendrá sin falta aquí
al primer aviso.

CONDE.

Conde,
supongo que ignora el fin,
y que sin órdenes tuyas
nada, nada hará por sí.

EMPERADOR.

Nada, señor.
Suele el celo
importuno destruir
los más concertados planes
del ingenio más sutil,
y temo...

CONDE.

No temais nada.
No dará un paso sin mí.

EMPERADOR.

Yo en tu lealtad y secreto
apoyo, Conde, este ardid
con que empeños grandes tengan
seguro y honroso fin.

TOMATE.

Y tú, Tomate, ¿aseguras
que con su saya y monjil
y sus reverendas tocas,
de veras nos va á servir,
sin vendernos, esa dueña?

EMPERADOR.

Segurísimo estoy, sí,
porque he sabido enredarla
con más artes que Merlin.
Repíte, porque oiga el Conde,
cómo te has compuesto.

CONDE.

Dí.

TOMATE.

(*Se desemboza.*)
Empecé, señor, mi ataque
llamándola serafin,
y diciéndole amoroso
que era su cuello marfil,
perlas sus dientes, su rostro
azucenas y carmin;
y á una maraña de canas,
que tizna con sucio hollin,
la llamé, Dios me perdona,
madeja de oro de Ofir.
Mas lo que la puso loca
(tanto que estuvo en un tris
que una carcajada mia

descompusiera el ardid)
fué el decirle yo muy serio
que era más fresca que abril;
y que unos treinta tendría,
pero treinta sin cumplir.
Ya me la juzgué rendida;
mas cuando empecé á decir
que á una invencion me ayudar
para entrar en el jardin
con dos ó tres amigotes
esta noche misma, sin
que nadie, nadie lo oliese;
se me rechifló, y hostil
á mis proyectos se opuso,
más brava que un puerco-espín.
Torné á la carga, mostréla
el bolsón con los dos mil,
y por remachar el clavo
(que fué ocurrencia feliz),
tuve, señor, la osadía
(Dios me la perdone, sí)
de ofrecerle ser su esposo,
con seis mil maravedís
de renta, porque la amaba
con ardiente frenesí.

EMPERADOR. *(Riéndose.)* Gran valor fué ciertamente,
que no lo tuviera el Cid;
porque la tal dueña, Conde,
no es mujer; es jabalí.

CONDE. Ocurrencias de Tomate.
¿Y ella consintió? decid.

TOMATE. A la voz de casamiento
y del oro al retintín,
¿cómo pudiera la bruja
ni un instante resistir?
Más mansa que una cordera
dijo, que sólo por mí,
pues estaba muy prendada
de mi persona gentil,
á todo se prestaría;
como con siniestro fin
y con miras deshonestas
no fuese el enredo; y sí
un chasco puro, inocente,
para burlar y reír.

Todas las seguridades
á sus escrúpulos dí,
y me ofreció maravillas
de su diablura dueñil.
¿Y al cabo?...

CONDE.
TOMATE.

Encargóme mucho
no tocarse el bandolín,
para que ignore Leonarda
y cuantos viven allí
el enredo. Y ofrecióme
ella en persona salir,

para conducirnos luégo
con gran recato al jardin.

EMPERADOR. Pues me parece que tarda
ya la maldita en venir.

CONDE. El que espera desespera.

EMPERADOR. *(A Tomate.)* Es que si nos halla aquí...

TOMATE. Aun no es la hora en que acostumbra...

EMPERADOR. *(Observando.)*
Alguien viene... ¿No advertís?

Sale ANACLETA muy tapada con su manto, y se queda á la entrada

ANACLETA. Sin duda que mi Tomate
con los suyos está allí.
A acercarme no me atrevo,
pues son tres hombres... Chi, chi...
TOMATE. Ya está en campaña la bruja.
A ella me voy.

(Se acerca á Anacleta.)

Serafin,
¡qué impaciente os aguardaba!
Nada receleis, venid.
Aquellos son los amigos.

ANACLETA. ¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE. ¿Cómo segura?

ANACLETA. Sintiera

que algun pícaro ruín
de la oscuridad valido...

TOMATE. Un san Francisco de Asís
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA. Fuera un rayo para mí
cualquiera acción deshonesta,
cualquiera palabra vil,
una mirada atrevida,
el más pequeño deslíz;
que aunque de dueña me visto,
doncella soy; eso sí.

TOMATE. No temais nada, llegad.

ANACLETA. Que vengan ellos aquí;
pues estando todo listo,
mis pasos pueden seguir.

TOMATE. *(Acercándose al Emperador.)*

Señor, no perdamos tiempo.
A punto está todo.

EMPERADOR. Oid,

Conde.

CONDE. Señor...

EMPERADOR. Está alerta
con mucho recato, sin
que nadie, nadie te atisbe,
muy escondido. Y así
que éntre el hombre, en el momento
á despertar has de ir
á aquel sujeto que sabes,
y á conducirlo al jardin;
pero sin decirle nada

de por qué le llamo aquí.

(Sigue hablando al Conde en secreto.)

ANACLETA. *(Aparte.)*

Creerán que me mamo el dedo,
y no hay diablo tan sutil
que á mí me dé dado falso.

Ya sé que voy á servir
al Emperador en esto,
que es aquel mozo gentil,
que á doña Elvira enamora.
Desde el punto en que lo ví
la primer noche al momento
quién era reconocí;
y del presente fregado
algo he de sacar al fin.

De quien saber no he podido
nada, nada, ¡pese á mí!
es de aquel señor franchute
que anda hecho un Marramaquiz
con doña Leonor. Mas huelo
que no es un grano de anís,
pues toda esta zalagarda
contra él se va á dirigir.

CONDE. Descuidad, señor, por todo. *(Vase.)*

EMPERADOR. Descuidado quedo en tí.

Vámonos pronto, Tomate.

TOMATE. Tras de la bruja seguid.

(Vanse con Anacleta.)

ESCENA III

Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas y salen D.^a LEONOR atigida, y D.^a ELVIRA

D.^a ELVIRA. En mal hora, prima mia,
de tu tierno corazón
se apoderó esta pasión
que consume tu alegría,
llenándote de aflicción.
¡Oh cuánto mejor estabas,
cuando libre y desdñosa
de los amores burlabas,
y tan alegre y hermosa
á todo hombre despreciabas!
¡Ay!... te desconozco, sí.
Tu triste estado me inquieta.
Mira, mi Leonor, por tí;
y pues eres tan discreta,
remedia tu frenesí.
Pasas infeliz las horas
en mudo desasosiego,
con que tu pecho devoras.

Que mires por tí te ruego...

¿Nada me dices?... ¿Y lloras?

D.^a LEONOR. ¡Ay prima!... ¿Qué he de decir?

Estoy tal que no me entiendo;
y mientras que más pretendo

sobre mí afan discurrir,
ménos su rigor comprendo.
Este don Juan... ¡loca estoy!
tan galán y tan afable,
tan rendido, tan amable,
de quien con el alma soy,
es un ente inexplicable.
De que me ama, y mucho, Elvira,
tengo gran seguridad:
muy grande, prima, en verdad;
y sobre ella ¡ay de mí! gira
mi aflicción y mi ansiedad;
pues lo mismo que debiera
de mis dichas fundamento,
de mis venturas cimientó
ser, quiere la suerte fiera
sea causa de mi tormento.

D.^a ELVIRA. ¡Ay Leonor!...

D.^a LEONOR. Sí, sí, me adora.

Las mujeres conocemos
cuándo un alma poseemos,
y esta certeza es ahora
motivo de mis extremos.

D.^a ELVIRA. Pues qué te aflige no sé.

D.^a LEONOR. Que poseyendo su amor,
y amándolo yo ¡oh rigor!
una cosa oculta hay, que
nos llena á ambos de dolor.

D.^a ELVIRA. ¿El es libre?

D.^a LEONOR. Sí; lo jura,

y al jurarlo no mintió.

D.^a ELVIRA. ¿Es noble?

D.^a LEONOR. ¿Quién lo dudó?

D.^a ELVIRA. Pues entonces, ¿qué te apura?

D.^a LEONOR. Si tampoco lo sé yo.

Hay un enigma en don Juan,
un misterio impenetrable,
no sé qué comunicable;
pero tan oscuro, y tan
raro, nuevo, inexplicable,
que él no lo sabe decir,
ni yo lo sé adivinar:

que él no lo puede ocultar,
ni yo dejar de advertir.

D.^a ELVIRA. Es confusión singular.

D.^a LEONOR. Y de aquí nace esa extraña,
esa variación constante
de carácter y semblante,
con que me confunde y daña,
sin piedad á cada instante.
Mas como en tal variedad
de gesto y conversacion,
siempre arder una pasión
llena de honor y ansiedad
descubro en su corazón;
loca, te lo juro, estoy,

y de dolor abrumada,
y perdida, enamorada;
mas sin saber dónde voy,
por un encanto llevada.

D.^a ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso
que, por mucho que te aflija,
tu amor decidido exija
de galan tan misterioso
una explicacion prolija.

D.^a LEONOR. ¡Ay! estoy en tal extremo,
que aunque así debiera ser,
y soy curiosa mujer,
sondar este abismo temo
y el tal arcano saber.

Sale ANACLETA

ANACLETA. (*A doña Leonor.*)
Señora, llega don Juan.
Ya baja á abrirle Leonarda.

D.^a ELVIRA. Prima, á Dios.

D.^a LEONOR. Elvira, aguarda.

D.^a ELVIRA. No, que sube tu galan. (*Vase.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Empiece la zalagarda. (*Vase.*)

Sale EL REY

REY. (*Al entrar, como hablando afuera.*)

Cuidado, Pierres, cuidado.

Si osas el vino mirar,
vive Dios, te has de acordar.

Leonarda, os queda encargado.

D.^a LEONOR. Don Juan, ¿por qué os deteneis?

REY. (*Avanzando.*) Doña Leonor celestial,

buena y linda sin igual,
ya á vuestras plantas me veis.

Y nunca más anhelante
llegó á veros presuroso
quien sólo aquí es venturoso,
vuestro más rendido amante.

D.^a LEONOR. Sentaos.

(*Se sientan ambos.*)

Con desasosiego
aguardé vuestra venida.
Estoy hoy tan combatida
de este mar en que me anego,
que con inquietud y afan,
pues vuestra presencia calma
los tormentos de mi alma,
os esperaba, don Juan.

REY. ¿Y qué os aflige, Leonor?

D.^a LEONOR. ¿Qué, don Juan?... ¿No lo sabeis?...
Esos enigmas que habeis
dado á acertar á mi amor,
Descifrarlos él no puede;
y hecho un mar de confusiones,
conjeturas y aficciones,

fuerza es que mi pecho quede.
Y mi buena fe y ternura
no merecen, no, por Dios,
ni tanta reserva en vos,
ni en mí tan fiera amargura.

REY. Leonor, sois la pura estrella
tras quien deslumbrado voy
por quien desdichado soy
gozando de su luz bella.
Estoy tan ciego por ella,
que juzgo en el firmamento
tener á su lado asiento;
y ver no puedo el abismo,
que debajo de mí mismo
de tanta dicha es cimientó.

El amor puro y ardiente
que os tengo, y el puro amor
con que me haceis, oh Leonor,
el más dichoso viviente,
son las causas solamente
de tanta reserva, y tan
oscuro y molesto afan:
y á ambos nos importan, sí,
que es para que yo esté aquí
la reserva el talisman.
Si lo rompo yo imprudente,
si curiosa lo rompeis,
yo quedo, y vos quedareis
sobre el abismo pendiente.
Pues ciego amor no consiente
que se mire en derredor,
porque absortos en su ardor,
y sin mañana, nos quiere,
Leonor, que sea lo que fuere,
obedezcamos á amor.

D.^a LEONOR. Del amor es el instinto

sus dichas asegurar,
y no anheloso vagar
por un ciego laberinto.
Claro, seguro, distinto,
quiere ver delante el puerto,
un fin terminante y cierto,
pues vive de la esperanza;
y amor que á verla no alcanza
es amor que está ya muerto.
Segura de que me amais
y segura de que os amo,
saber ansiosa reclamo
el enigma que ocultais.
Os ruego me lo digais,
don Juan, sin salir de aquí:
notad que vivir así,
ya no podemos los dos.
Quién soy ved: y quién sois vos
hablad; por vos y por mí.
REY. Sí, Leonor, voy á apagar

de un soplo la luz del sol,
cuyo ferviente arrebol
á ambos nos pudo abrasar.
Voy mi pecho á destrozar,
y á romper el vuestro voy.
Resuelto, resuelto estoy
á tornar el paraíso
en infierno: es ya preciso
por vos misma, y por quien soy.

D.^a LEONOR. ¡Ah!... desfallezco.. Decid.

REY. Estoy mortal... ¡Oh rigor!

D.^a LEONOR. Hablad, hablad.

REY. (*Resuelto.*) Mi Leonor,
no más misterios. Oid.

Sale DOÑA ELVIRA muy asustada

D.^a ELVIRA. ¡Ay Leonor! Vengo muerta.

D.^a LEONOR. (*Levantándose sorprendida.*)

Pues ¿qué ocurre?

REY. (*Levantándose sorprendido.*)

¡Señora!

D.^a ELVIRA. A nuestra puerta

la ronda está formada,
y la casa allanada
va á verse en el momento.

D.^a LEONOR. Mas ¿con qué fin?...

REY. Señora, ¿con qué intento?...

D.^a LEONOR. (*Muy apurada.*) ¡Infelice de mí!

D.^a ELVIRA. (*Al Rey.*) Sin duda alguna
viene á buscaros.

REY. ¡Pese á mi fortuna!

Yo sabré en todo caso
con mi espada y valor abrirme paso.
(*Hace ademán de desenvainar la espada.*)

D.^a LEONOR. (*Deteniéndole.*) ¡Don Juan!

REY. ¡Gran compromiso!

D.^a ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.

D.^a LEONOR. ¿Y por dónde podrá?...

D.^a ELVIRA. Si á toda priesa
el jardín atraviesa,
por la verja, Leonor.

D.^a LEONOR. Muy bien pensado.

REY. Pronto.

D.^a LEONOR. Pronto.

D.^a ELVIRA. Venid por este lado.

*Por la parte donde se van á marchar,
salen precipitados y despavoridos
LEONARDA y PIERRES.*

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...

He visto...

D.^a LEONOR. ¿Qué, Leonarda?

LEONARDA. Hablar no puedo.

He visto.. mucha gente,
que el jardín ha ocupado de repente.

D.^a LEONOR. ¿El jardín?

LEONARDA. Sí, señora.

D.^a LEONOR. (*A doña Elvira con viva ansiedad.*)

¿Será, Elvira, tal vez?... Mas no es la
hora.
D.^a ELVIRA. No, que hoy al medio día [hora.
me escribió que esta noche no vendría.
¡Cielos!... ¿Qué será esto?

D.^a LEONOR. Ser desdichada yo.

D.^a ELVIRA. (*Con viveza.*) Remedio, y presto
buscar es necesario.

PIERRES.] (*Al Rey, y muy precipitado.*) Es el vejete
sin duda, el que nos busca y acomete.
Más gente hay en la calle
que ha de encerrar de Josafat el valle,
y en el jardín lo mismo,
que es de bultos siniestros un abismo.
Alguaciles, soldados,
canónigos, letrados,
y los niños doctrinos,
y la comunidad de capuchinos,
y tercios, y escuadrones,
y cuarenta galeras,
y las monjas terceras
con órganos, ciriales y pendones
en torno nos circundan.

Por Dios en algun pozo nos confundan,
si es que lo hay en la casa,
mientras la furia del asalto pasa.
Todo cuanto he cenado está ya acedo,
y de descomponerme estoy á un dedo.
REY. Calla. bribon, cobarde.

D.^a LEONOR. Algun partido
forzoso es abrazar.

Sale ANACLETA

ANACLETA. Todo perdido
está ya. Me he tardado
hasta ver si quedaba descuidado
algun sitio oportuno
para escapar, y no quedó ninguno.
LEONARDA. Tal vez la puerta falsa...

D.^a LEONOR. Sí, sí, Elvira.

D.^a ELVIRA. (*A Leonarda.*) Desde el sobrado mira
si aun está libre, acaso...

(*Vase Leonarda.*)

ANACLETA. Sí; mas notad que es el forzoso paso
para ir al corredor y á la escalera,
que á la puerta trasera
baja, y no hay otro...

D.^a LEONOR. (*Con gran ansiedad.*) Cierito, de mi tío
justamente la alcoba.

D.^a ELVIRA. (*Suspensa.*) Sí.

D.^a LEONOR. (*Abatida.*) ¡Ay Dios mio!

D.^a ELVIRA. (*Resuelta.*) Está en el primer sueño
y tal vez no despierte.
Pongamos algo en brazos de la suerte,